

La Ilustración Artística

AÑO XXXI

BARCELONA 5 DE FEBRERO DE 1912

NÚM. 1.571



MONUMENTO Á LA AMISTAD ENTRE ESPAÑA Y CHILE

boceto de Lorenzo Coullaut Valera

Este monumento ha de levantarse en Antofagasta y ha sido encargado al notable escultor Sr. Coullaut-Valera por una comisión especial de personalidades chilenas que vino expresamente á España con este objeto

ADVERTENCIA

En el próximo número terminará la publicación de la bellísima obra de Juan de la Brette *La novela de una creyente* y en el siguiente comenzaremos a publicar *Matrimonio secreto*, del famoso escritor francés Pablo Bertnay.

Matrimonio secreto es una novela interesantísima que cautiva al lector desde el primer capítulo y cuyo interés aumenta de un modo extraordinario a medida que la acción se desarrolla, sin decaer ni un momento hasta llegar al satisfactorio desenlace final.

Matrimonio secreto irá ilustrada con preciosos dibujos originales del celebrado artista Mas y Fondevila.

SUMARIO

Texto.—*Revista hispanoamericana*, por R. Beltrán Rózpide. — *Pasionaria*, por José Francés. — *El emperador Guillermo II de Alemania*. — *Cuadros de José Pinazo Martínez*. — *Salón París. Exposición Malagarriga*. — *Museo Lincoln*. — *Cuadro de Filiberto Petiti*. — *Actualidades barcelonesas*. — *La novela de una creyente* (novela ilustrada; continuación). — *Actualidades matritenses*. — *La Academia Artística de Austria-Hungría en la Villa de Este, en Tivoli*.

Grabados.—*Monumento a la amistad entre España y Chile*, boceto de Lorenzo Coullaut Valera. — Dibujo de Mas y Fondevila, que ilustra el cuento *Pasionaria*. — *Los emperadores Guillermo II y Augusta Victoria, de Alemania*. — *Guillermo II y sus nietos, los hijos del príncipe heredero*. — *Fandango en San Juan de Luz*, cuadro de P. Ribera. — *Rosita: Un tente en pie*, cuadros de José Pinazo Martínez. — *Fiesta andaluza*, cuadro de Elvira Malagarriga. — *Museo Lincoln* (dos fotografías). — *Paisaje*, cuadro de Filiberto Petiti. — *Retrato de este*. — *Cigarreras*, cuadro de Gonzalo Bilbao. — *El Sr. Dato en Barcelona*. — *Banquete para festejar el santo del rey*. — *Colocación de un puente metálico sobre el Llobregat*. — *Banquete para festejar el cumpleaños de Guillermo II*. — *Aranjuez. Estación central radiotelegráfica*. — *S.S. M.M. en la inauguración*. — *Madrid. Llegada del príncipe de Mónaco*. — *Recepción en el Ministerio de Instrucción Pública*. — *S. A. el príncipe de Mónaco en su laboratorio de Montz Carlo*. — *La Academia Artística de Austria-Hungría. La cascada de la Villa de Este, en Tivoli*.

REVISTA HISPANOAMERICANA

Perú: su pasado, su estado actual y su porvenir: cuestiones internacionales: la rivalidad tradicional con Chile: política de paz y tolerancia. — **Paraguay:** la revolución y sus consecuencias. — **Ecuador:** los aspirantes a la presidencia de la República. — **Venezuela:** trabajos revolucionarios. — **República Dominicana:** nuevo presidente. — **México:** la intentona revolucionaria de Reyes y su fracaso: protestas contra el presidente Madero y defensa y actitud de éste.

En conferencia leída ante la Sociedad Geográfica de Lima, un ilustre escritor y diplomático, el señor D. Aníbal Maúrtua, ha hecho conciso resumen de la historia contemporánea del Perú para presentar el cuadro de su actual situación y deducir el grandioso porvenir que le espera.

Cuando se hizo independiente y al organizarse como República, se encontró el país en un estado anárquico y con un enorme saldo financiero, aumentado después con los empréstitos que se hacían para pagar sueldos y fabulosas recompensas. Las revoluciones que siguieron empeoraron las circunstancias sociales y económicas de la nación, y esta época de profunda crisis general fué la que Chile aprovechó para declarar la guerra en 1879, con intento de aniquilar al Perú, al extremo de que «no pudiese reparar los desastres de aquella ni en cien años.»

Sin embargo, la guerra y la derrota no produjeron más que útiles y grandes lecciones para el verdadero resurgimiento político y económico del Perú, que resueltamente ha entrado en el camino del progreso, y a pesar de todos los desastres y gracias a la prodigiosa riqueza del medio geográfico que ocupa y al carácter de la raza, ha reaccionado hasta encontrarse, en los actuales momentos, en mejores condiciones económicas y financieras que antes de la guerra del Pacífico.

El poderoso renacimiento del Perú, que demuestra las fuerzas vitales del suelo y de la raza, señala su futuro destino: reivindicar la grandeza de tiempos pasados.

No quiere decir con esto el Sr. Maúrtua que los peruanos intenten abusar de las fuerzas morales y materiales que deben acumular con el auxilio del orden, del trabajo y de la perseverancia. El Perú no ha sido ni es pueblo rival de los países que en otros tiempos fueron parte integrante de su nacionalidad. Por causas sociológicas, por la limitación de su demografía y por las condiciones del medio geográfico que ocupa, no ha tenido ni tiene necesidad de aspirar a las riquezas ni territorios de sus vecinos. Las querellas internacionales, relativas a la demarcación de las fronteras respecto a Bolivia, Ecuador y Colombia, constituyen pleitos de familia, unos arreglados y otros que tendrán solución satisfactoria y equi-

tativa en el momento que se disipen en esos países las pasiones despertadas por Chile.

Este último ha sido, es y será el único enemigo del Perú. Los factores de la rivalidad tradicional entre ambas nacionalidades son las condiciones étnicas, las necesidades económicas y la naturaleza del suelo que ocupan en aquella parte del Continente americano.

Presenta Maúrtua a los peruanos como procedentes de una raza americana culta y de clases selectas de España, aquellos intrépidos segundones y guerreros que fueron a fundar a Lima y demás poblaciones que hasta hoy constituyen centros importantes de cultura americana. Las subrazas chilenas provienen de elementos étnicos y sociales diferentes, entre ellos los araucanos que permanecieron en la barbarie, no obstante la conquista de los incas y de los españoles.

Hay, por otra parte, causas sociológicas que han determinado fundamentalmente la orientación económica y la morfología de las instituciones chilenas, desde los primitivos de la barbarie araucana hasta las actuales del capitalismo salitrero. Esos mismos factores han originado en el Perú el lirismo de su política interna y externa, así como la postración económica y financiera. Ambas subrazas, inconscientemente, ignorando la marcha que seguían los esfuerzos colectivos—en el Perú dinámicos, en Chile estáticos y útiles—han venido a colocarse una frente de la otra, en lucha más ó menos intensa y secular. Por lo mismo, la cuestión de Tacna y Arica no es el origen de los actuales conflictos internacionales del Perú ni de la rivalidad entre ambas nacionalidades. Existirían aunque los peruanos cedieran esas provincias para que quedasen definitivamente bajo la soberanía chilena.

Pero Maúrtua no hace alarde de arrogancia frente al enemigo de su patria, ni pide la guerra como última y definitiva solución de los conflictos; antes al contrario, quiere mantener la paz, aunque sea ahogando legítimos sentimientos, porque la paz, es siempre propicia a los pueblos que, como el Perú, están llamados a crecer rápidamente. Hay que observar resignada tolerancia ante las manifestaciones inamistosas de pueblos de la misma raza, como Bolivia, Ecuador y Colombia, agitados en este momento por la mano del pueblo tradicionalmente enemigo. Es menester abrir las puertas de la patria a todas las razas, recibéndolas fraternalmente para trabajar en común por la prosperidad general; para que todos los países de Europa y América vuelvan a hacer del Perú el emporio de riquezas que fué en otros tiempos; en fin, para que la patria peruana sea la nación poderosa y próspera, como lo desea el patriotismo sin desplantes ni soberbia que abrigan cuantos han tenido la gloria de nacer en aquel pedazo de la Tierra Prometida.

* *

Y abramos ahora capítulo de revoluciones.

La del Paraguay ofrece caracteres graves, no por la revolución en sí misma, que es una de tantas, sino por la actitud que toma la República Argentina, resuelta a no tolerar que barcos y fuerzas de tierra rebeldes ó leales, al combatir entre sí, causen daños a los súbditos argentinos establecidos en las zonas fronterizas. El gobierno de Buenos Aires ha puesto en juego algunos buques de guerra que remontan el Paraná para hacer demostración naval ante los inquietos paraguayos y aun para proceder de modo más expeditivo si las circunstancias lo requieren.

Con este motivo—y aquí está la gravedad a que aludíamos—hay quien pregunta si habría ó no de ser conveniente el ingreso del Paraguay, como provincia ó estado autónomo, en la Confederación Argentina.

* *

Murió el general Emilio Estrada, el nuevo presidente de la República del Ecuador, y las ambiciones del poder supremo han sumido al país en período de violenta agitación y de guerra civil. Asumió el mando el presidente del Congreso; mas pronto surgieron los pretendientes y entraron en liza cuatro generales: Leónidas Plaza, el expresidente; Flavio Alfaro, el hijo de otro expresidente, proclamado en las provincias del Norte; Montero, que se hizo fuerte en Guayas, y Julio Andrade, que alzó bandera en provincias del interior. Las últimas noticias dan por vencido y muerto al general Montero y parece que se imponen los partidarios de Plaza.

* *

Del famoso general y expresidente venezolano Cipriano Castro nada cierto se sabe. Se le supone

establecido en la frontera de Colombia ó en el interior de esta República, esperando ocasión oportuna de lanzarse contra el actual gobierno de Venezuela. El presidente Gómez envía tropas a dicha frontera y amenaza a los colombianos porque acogen y amparan a su temido rival. Rivas Vázquez y otros partidarios de Castro están en la isla de Trinidad, reuniendo elementos para provocar la revolución en Caracas y principales ciudades de la República.

Se dice que Rivas Vázquez trabaja por su cuenta, pues aspira a ser presidente. Con todo lo cual fácil es comprender que el estado político de Venezuela va siendo peor de día en día.

* *

En la República dominicana no hay revolución; pero las cosas no han ido del todo bien en los últimos meses de 1911. El presidente de la República general Cáceres murió asesinado. Hubo la natural zozobra en el país, mas al fin se normalizó la situación, eligiéndose presidente a D. Eladio Victoria.

* *

Había en México bastante agitación a mediados de diciembre último. A los rebeldes ó bandoleros que acudillaba Zapata y a los colectivistas de California que se repartían las grandes propiedades, se sumó el movimiento más serio a cuyo frente se puso el general Bernardo Reyes, muy popular en varios Estados de la República. Proponíase derrocar a Madero y se temió que ardiese nueva y empeñada guerra civil. Pero los partidarios de Reyes no prestaron a éste todo el concurso que esperaba y el exministro de la Guerra se rindió, declarando que se había lanzado a la lucha en el supuesto de que la mayoría del país era desafecta a Madero; los hechos le mostraban que se había equivocado, ó por lo menos que le faltaban los elementos necesarios para poder imponerse.

El 6 de enero y en un tren de pasajeros del ferrocarril nacional llegó a Tacuba el coche que conducía al rendido general, que iba a estar cautivo en la misma capital donde en época no muy remota había sido aclamado y vitoreado. Reyes, el general de más prestigio en México después de Porfirio Díaz, quedó encerrado en la prisión militar de Santiago Tlalotelco.

Inmediatamente se nombró el tribunal que ha de instruir el proceso. Por cierto que como dicho tribunal tenía que estar formado por generales de división, y no los había, ha sido preciso ascender a este grado a tres generales de brigada. Después pasa la causa a un Consejo de Guerra y la sentencia que éste dicte será revisada por la Suprema Corte de Justicia militar.

Entretanto, la gente de orden pide que todos los mexicanos esfuercen su patriotismo para salvar a la República de las antiguas tradiciones revolucionarias. Claro es que ahora las gentes de orden son los revolucionarios de ayer, los que renovaron contra Porfirio Díaz esas antiguas tradiciones revolucionarias.

Pero no todos estos revolucionarios están de acuerdo con su jefe y presidente. La llamada «Junta iniciadora de la reorganización del partido liberal» ha dirigido un memorial de quejas ó agravios al Sr. Madero, en el que declara, en resumen, que el descontento crece de día en día, que la tranquilidad no se restablece en las conciencias ni la paz llega a reinar en los hechos y menos todavía en los espíritus, y que el país se siente defraudado en sus esperanzas.

Madero les replica, en extenso manifiesto, negando que la situación sea difícil ni que haya intranquilidad en los ánimos, exceptuando en las redacciones de algunos periódicos que se complacen en publicar noticias alarmantes y sumamente exagerados. Acogerá, dice, las quejas de la parte sana del país y las reclamaciones de los verdaderos patriotas; pero cerrará sus oídos a las exageraciones de la prensa y a los apasionamientos de partido.

La revolución pasó, y Madero es, como él mismo declara en reciente discurso, un ciudadano que, mediante el funcionamiento normal de las instituciones y por soberana voluntad del pueblo, ocupa la primera magistratura de la República; es un presidente constitucional que se propone conservar la paz, aplicando el rigor de la ley, dar amplias garantías a los legítimos derechos adquiridos, proteger a las grandes industrias y fomentar la inversión en la República de capitales extranjeros, que de modo tan eficaz han ayudado hasta ahora al desarrollo de la riqueza individual y nacional.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

PASIONARIA, POR JOSÉ FRANCÉS, dibujo de Mas y Fondevila

I

Una ráfaga de aire entró por la ventana abierta á la noche.

Temblaron estremecidas las llamas de los cirios. Hubo sombras inquietas en las paredes. Luego las llamas tornaron á su quietud, elevándose rectas é inmóviles. Las sombras volvieron también á su anterior aspecto de quimera: gigantes en reposo, perfiles de brujas, monstruos de una fauna de pesadilla, manos enormes fijando un ademán rapaz.

Oíanse chasquidos como besos de bocas desdentadas, y las gotas de cera caían sobre el cinc de las arandelas produciendo un ruido sordo.

En el suelo, dentro del ataúd, estaba el cadáver. Un jayán con las manos rugosas y de uñas roídas á los lados de los muslos. De entre la capucha surgía el rostro plebeyo; grueso de labios, de nariz que debió de ser rojiza y cruzada la mejilla izquierda por una cicatriz. Sobre el vientre descansaban unas tijeras abiertas.

En los rincones, fuera del rectángulo luminoso, estaban acurrucadas las mujeres, encogidas las piernas, los codos sobre las rodillas y el rostro descansando en las manos.

Eran las vecinas, los parientes del muerto, que entre oración y oración murmuraban de Carmen, la viuda...

II

Carmen se encerró en su cuarto y fué á sentarse junto á la ventana.

Le faltaba el valor de mentir tristeza y amargura, cuando su alma sentía una amplia alegría de libertad y de gratitud...

Sobre el cielo azul subían esbeltas las dos torres de la Catedral. Flotaban en la noche aromas de naranjo florido... No muy lejos se oían rechinar las piedras de la playa al ceder bajo el retroceso de las olas claras y tranquilas...

La viuda, sintiendo en sus entrañas rebullir la carne de su carne, el hijo que engendró el muerto, evocó toda su vida de tormento y de angustia y no pudo menos de sonreír al tiempo futuro, con una sonrisa que debía ocultar ante el mundo, ante aquel puñado de mujeres que rezaban acurrucadas junto al cadáver...

Ella era hija de pescadores y cuando nació, ya la posición de sus padres empezaba á ser holgada gracias á la avara sordidez con que vivieron siempre. Carmen no necesitó trabajar; pudo ir á la escuela, aprender cosas que sus padres no supieron nunca, emudeciéndoles de asombro al hablarles del mar, á ellos que tanto creían conocerlo...

Los años fueron haciendo de Carmen una moza garrida y morena, que bien pronto se vió cercada y

asediada de pretendientes. No fueron los menos artesanos de la ciudad, é incluso algún ingeniero de los de las minas próximas al puerto; pero los viejos rechazaban á los primeros, procuraban defender á

había venido; por lo sojo se letró y lo cambió pero der to er mardesio corasó y la sentraña.»

Los viejos asintieron, siempre que Carmen estuviera conforme. Y como ella sí lo estaba, orgullosa de haber conquista-

do al mozo más jaque de Andalucía, no tardó en celebrarse la boda, rumbosa y alegre bajo el claro sol, rostro al Mediterráneo azul, padre de leyendas.

El viejo les compró una barca y entregó además algunos miles de reales como dote de la chica, en una amplia confianza del porvenir.

Pero en cuanto el Negro se vió dueño de Carmen y del dinero, volvió á la antigua vida con la valía de los largos meses de fingimiento, con un furor insaciable é impulsivo de desquitarse.

Se agotaron los miles de reales, se vendió la barca nueva y hubieron los viejos de soltar más dinero para que el Negro no cometiese mayores crímenes con su hija.

Fueron inútiles los ruegos, los consejos, las súplicas, para que Carmen abandonara al Negro. Ella tenía la altivez de su equivocación, y ya que su sino fué entregar la juventud y la fortuna á aquel hombre, desafiaria al destino, sin doblar la cabeza de pupilas moras y cabellos negros siempre desrizados por el viento, amigo de las gaviotas y las velas latinas.

Murieron los padres y la herencia siguió los mismos tortuosos y resbaladizos caminos que la dote y entonces empeoró la vida de Carmen. Vinieron las agrias disputas, los golpes, los insultos, las infa-

mes proposiciones que ella rechazaba energicamente á riesgo de encolerizar el ebrio furor de su marido.

¿Cómo había de llorar, de fingir dolor, ahora que el Negro enmudeció para siempre?

A gloria le sonaron las campanas cuando en la paz serena y cálida de la tarde doblaron. Insultos le parecían los lamentos de las viejas agrupadas en torno al cadáver...

Así, ante la ventana abierta, frente á la inmensidad azul, oyendo la monotonía del mar que llevaba á las tierras lejanas y presentidas, confió en el bien, en la fortuna, en la felicidad, en todo cuanto no había conocido y que tal vez conociera la nueva vida pronta á surgir de su cuerpo, libre para siempre de los golpes y de las vergüenzas...

III

La voz de Luis, «el de los caireles,» volvió á sonar en el súbito silencio de la zambra:

Aunque la mare yosa y con na encuentra conzuelo, e la probe mu dichoza porque el hijo etá ener sielo.



Carmen se encerró en su cuarto y fué á sentarse junto á la ventana

Carmen de las asechanzas malsanas del segundo. Ellos querían para la muchacha un pescador, uno de los suyos, de la gentes del mar, sencilla y de pasiones rudas, no como la gente de dentro, incapaz de ponerse frente á frente de las olas y de encontrarse la muerte buscando la vida más allá de los horizontes.

Carmen, lejos de oponerse á los propósitos paternales, los secundó sin esfuerzo. Sangre de pescadores corría por sus venas y no podía sentir odio contra el mar, tan benigno con los suyos, como enemigo y cruel para con los ajenos.

Entre sus pretendientes eligió al Negro, un mocetón vigoroso que en otro tiempo rodó por todas las tabernas del puerto; pero curado radicalmente del vicio por el amor á Carmen.

En poco tiempo abandonó las juergas, dejó de frecuentar tabernas y no volvió á brillar su faca en los garitos.

Robusto é infatigable como era, bien pronto volvieron á solicitarle los patronos y no hubo salida de lanchas en que no figurase él de los primeros.

Y cuando comprendió que nadie dudaba de su conversión, habló á los padres de Carmen: «Eya lo

Sobre el último verso de la copla se lanzaron al rasgueo de la guitarra, los «olés» y el repiqueteo de las castañuelas...

Del grupo de mozos y mozas se destacó una pareja. Las criadas dejaron de pasar las bandejas de pestiños y bollos de aceite; cesaron las rondas del vino rubio y todos atendieron a los bailarines.

—¡Ahí lo pisesito de peonza, mi niña!

—¡Dale tú, chiquiya, que pierde el tren!

—¡A ver lo sojo, mosita, que hoy quieo soñá con la Vilgen!

—¡Arfombra me jagan el corasón, pa que tú lo pise, cuerpesito de palma!

Azuzados, enardecidos por los piropos, los bailarines enloquecían en el bravo ritmo español de la danza. Ella, grácil y morena, se retorció con impensados y repentinos culebros de todo el cuerpo, como si un viento huracán agitase el jardín de su mantón ceñido. Él la perseguía gallardo, en alto los brazos, sonriendo con los dientes desnudos y los labios muy rojos...

De pronto, quedaron inmóviles: como desmayada ella en el brazo izquierdo de él, que con la mano derecha sostenía en actitud de ponérselo el sombrero ancho.

Sonó una salva de aplausos. Volvieron a circular las bandejas de pestiños y el trasegar de vinos y licores, y las charlas animadas y pícaras.

Los padrinos eran rumbosos y sonreían en el sitio de preferencia ante el esplendor y ruidosa alegría de la fiesta.

—A ve, Angustia, eso pájaro que te quien salió de la garganta.

—¡Sí, sí! ¡Que cante Angustia!

Cantó entonces una mujer otra copla hermana de la de Luis «el de los caireles», copla de alegría y de envidia a la madre feliz.

¡Feliz! Y cuando había un súbito silencio se oía en la habitación contigua sollozar a la madre. Pero en seguida lo apagaba el regocijo del *Velorio* y volvían a danzar otras parejas y sonaban las castañuelas y corría el vino.

IV

Carmen, caída sobre el ataúd blanco cubierto de

flores, sollozaba sorridamente, con largos y profundos suspiros que la estremecían el cuerpo... Ante el hijo muerto la madre reconstruía el dolor reciente... Primeró la aparición de su tío llevándosela a Menjar, el pueblecillo costero, cercano a Villamar, al día siguiente del entierro de el *Negro*. El nacimiento del hijo deforme y raquítico, que vivió un año a fuerza de cuidados y desvelos, y que se le quedó muerto en los brazos meciéndole suavemente...

El ruido de una disputa en la sala donde se celebraba *El Velorio* la levantó.

—¡Juanico!

Fué un grito ronco, imperioso, que enmudeció súbitamente a los que se divertían. Escucharon, creyendo haber oído mal. Pero no; la voz ronca de Carmen volvió a repetir:

—¡Juanico! ¡Ven!

Acudió el padrino y la madre se dejó caer en sus brazos sollozando:

—¡Eza gentuaya!.. ¡Eza gentuaya!..

—Sí, mujé... Ya ze van. ¡No lo oye? Son la dose y van a despertá la gente... por la caye.

Carmen se limpió rabiosamente las lágrimas, como si se las arrancara.

—¡Er mundo? Er mundo no tiene arma ni corasón. Ya ve: cuando yo estaba alegre porque s'abla muerto aguer malasangre, ello yoraban..., y cuando estoy triste, mu triste, ¡maresita mía der mal, ello se divierten y cantan coplas. Mardito sea er mundo, Juanico de mi arma...



Los emperadores Guillermo II y Augusta Victoria de Alemania (De fotografía de Carlos Trampus.)

Se marchaban. Salían en tropel, cantando, riendo... Lo de menos era que el chico subiese al cielo. Lo importante era que habían tenido una noche de fiesta, de vino y de cantares...

Carmen seguía llorando en brazos de Juan.

—¡Mujé!, decía el padrino. No hay que ponense

El príncipe heredero Guillermo se casó en 6 de junio de 1905 con la duquesa Cecilia de Mecklenburgo, habiendo nacido de este matrimonio tres niños, los príncipes Guillermo, Luis Fernando y Huberto, que nacieron respectivamente en 4 de julio de 1906, en 9 de noviembre de 1907 y en 30 de septiembre de 1909.

El príncipe Eitel y el príncipe Augusto Guillermo se casaron respectivamente en 27 de febrero de 1906 y en 22 de octubre de 1908 con la duquesa Sofía Carlota de Oldemburgo el primero y con la princesa Alejandra Victoria de Slesvig-Holstein el segundo.

Guillermo II no es solamente un gran emperador, sino, además, un padre de familia modelo que ha sabido dar a sus hijos una educación sólida, procurando y consiguiendo hacer de ellos más que príncipes destinados a brillar en la vida cortesana, hombres útiles a su patria y a la sociedad.

El amor que Alemania siente por su emperador extiéndose a la emperatriz Augusta Victoria, dama de preclaro talento y de grandes virtudes, y a los príncipes, que con sus excelentes cualidades se han conquistado las mayores simpatías en todas las clases sociales.—R.



El emperador Guillermo II de Alemania y sus nietos los príncipes Guillermo, Luis Fernando y Huberto, hijos del príncipe heredero. (De fotografía de Carlos Trampus.)

asina. Hay que tené en cuenta la consesione, la coztumbre der mundo.

cualidades se han conquistado las mayores simpatías en todas las clases sociales.—R.

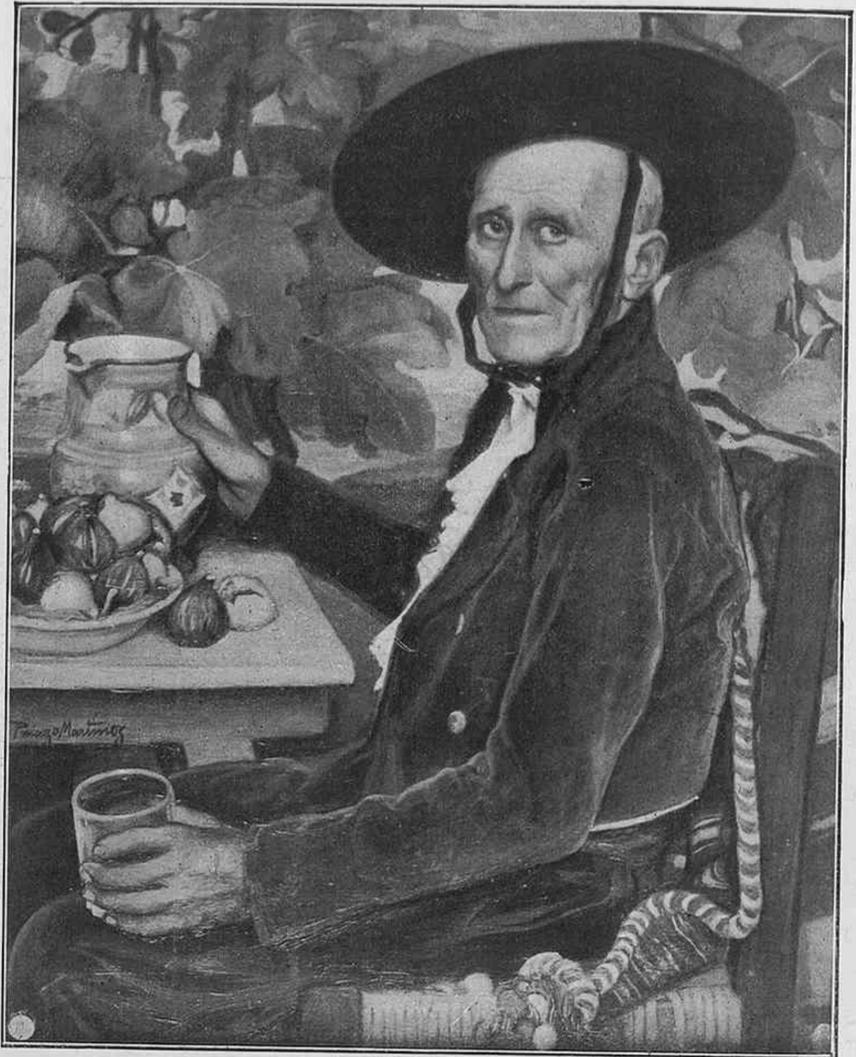
PARÍS.—SALÓN DE LA SOCIEDAD DE LOS ARTISTAS FRANCESES



FANDANGO EN SAN JUAN DE LUZ, cuadro de P. Ribera. (Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)



Rosita, cuadro de José Pinazo Martínez



Un tente en pie, cuadro de José Pinazo Martínez

CUADROS DE JOSÉ PINAZO MARTÍNEZ

Al igual que otros artistas distinguidos, Pinazo Martínez, ha dedicado sus recomendables aptitudes pictóricas y su habilidad a representar en sus cuadros, tipos y costumbres por él observados en diversas regiones y comarcas españolas, especialmente en lo que en sí tienen de más característico y determinado, produciendo interesantes páginas para el libro pintoresco de nuestra patria.

Si el inteligente artista ha logrado realizar su empeño demuéstranlo las obras de este género, que ha producido, entre las que deben incluirse las dos que reproducimos, pues que una y otra son trasunto del natural, acertadamente observadas, de tal suerte, que parecen arrancadas de uno de los pueblos del riñón de la vieja Castilla. No ha descuidado el autor ni los más triviales pormenores, consiguiendo con ello acentuar el sello de verdad que contribuye a hacer más agradable la producción y a aumentar el interés, que desde luego ofrece.

Ha pocos meses, demostró el joven Pinazo, su valía y condiciones por medio de las obras que aportó a la Exposición de

Bellas Artes celebrada en nuestra ciudad. Cuantos la visitaron pudieron apreciar las dotes que posee el artista y lo que de él puede esperarse, si continúa firme y sin vacilaciones por la senda emprendida.

SALÓN PARÉS. - EXPOSICIÓN MALAGARRIGA

En el Salón Parés se ha expuesto últimamente una numerosa colección de cuadros de composición y notas de color, dignos de los mayores elogios, y originales de nuestra paisana la señorita doña Elvira Malagarriga.

Discípula del señor Moncerdá, después de hechos sus estudios en Barcelona, quiso la señorita Malagarriga perfeccionarse en el extranjero y al efecto ha realizado durante cuatro años numerosos viajes artísticos a Italia, Francia y Suiza y ha permanecido largo tiempo en París, en donde ha sido discípula aventajada del famoso profesor Pablo Laurens y de nuestro ilustre compatriota Checa, habiendo también recibido valiosos consejos del ilustre Bonnat. En aquella capital obtuvo primeros premios en reñidos concursos y expuso en el Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. También ha expuesto recientemente en Florencia.

Fruto de su excursión artística son las obras que ha exhibido en el



Fiesta andaluza, cuadro de la señorita doña Elvira Malagarriga Ormat. (Salón Parés.)

Continúe nuestro amigo y esté convencido de que sus esfuerzos han de procurarle honra y provecho.

Salón Parés y en las cuales patentiza sus aptitudes para el arte a que con tanto éxito se dedica. — P.

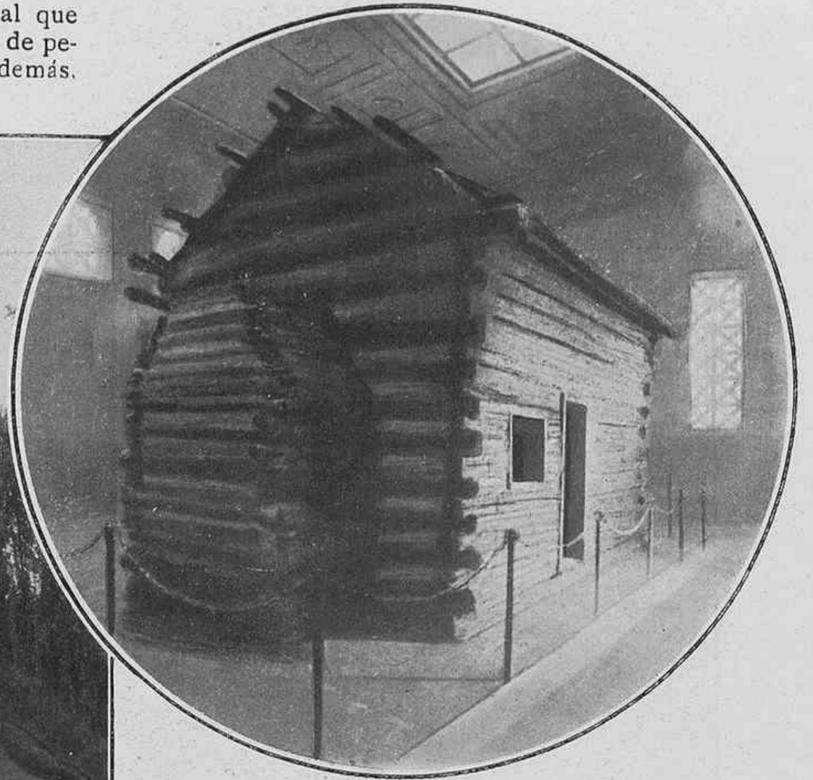
MUSEO LINCOLN

Pocos hombres ha habido en la historia moderna que hayan gozado de una reputación tan grande y

patriotas americanos, quienes la han encerrado dentro de un edificio especial que ha costado cerca de medio millón de pesetas y en el cual se guardan, además,



Museo Lincoln recientemente construído en Hardin-Coulty (Kentucky, Estados Unidos), en el mismo sitio en donde nació el ilustre repúblico



Cabaña de madera en donde nació Lincoln y que actualmente figura en el Museo. (De fotografías de R. Fuchs.)

tan sólidamente establecida como Abraham Lincoln; pocos, quizás ninguno, ha gozado, aparte de su consideración mundial, de una mayor veneración por parte de sus compatriotas, quienes no han podido olvidar que á Lincoln deben, entre otros inmensos beneficios, la ley gloriosa que abolió la esclavitud en todos los territorios de la Confederación.

No es, pues, de extrañar que en los Estados Unidos se consideren como reliquias poco menos que sagradas todos los objetos que tienen relación con Lincoln y muy particularmente la cabaña en que nació en 12 de febrero de 1809. Esta cabaña, hecha de toscos troncos, está situada en Hardin County y se conserva todavía en el mismo estado primitivo. Hasta hace poco, perteneció á un particular, pero recientemente ha sido adquirida por unos cuantos

otros muchos recuerdos del ilustre repúblico. El edificio lleva el nombre de Museo-Lincoln y tiene todo el carácter de santuario nacional.—R.

PAISAJE,

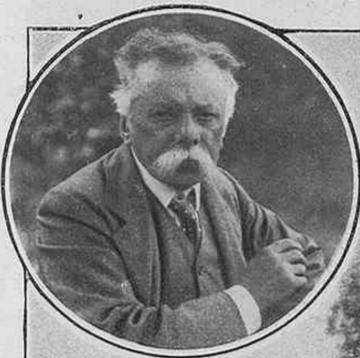
CUADRO DE FILIBERTO PETITI

Es Petiti uno de los paisajistas de Italia que todo lo debe á su propio esfuerzo. El buen nombre de que goza y la buena acogida que dispensan los aficionados é inteligentes á sus obras, los debe á sus indiscutibles merecimientos y á sus recomendables condiciones. Nacido en Florencia, saturóse su espíritu del artístico ambiente que se respira en la ciu-

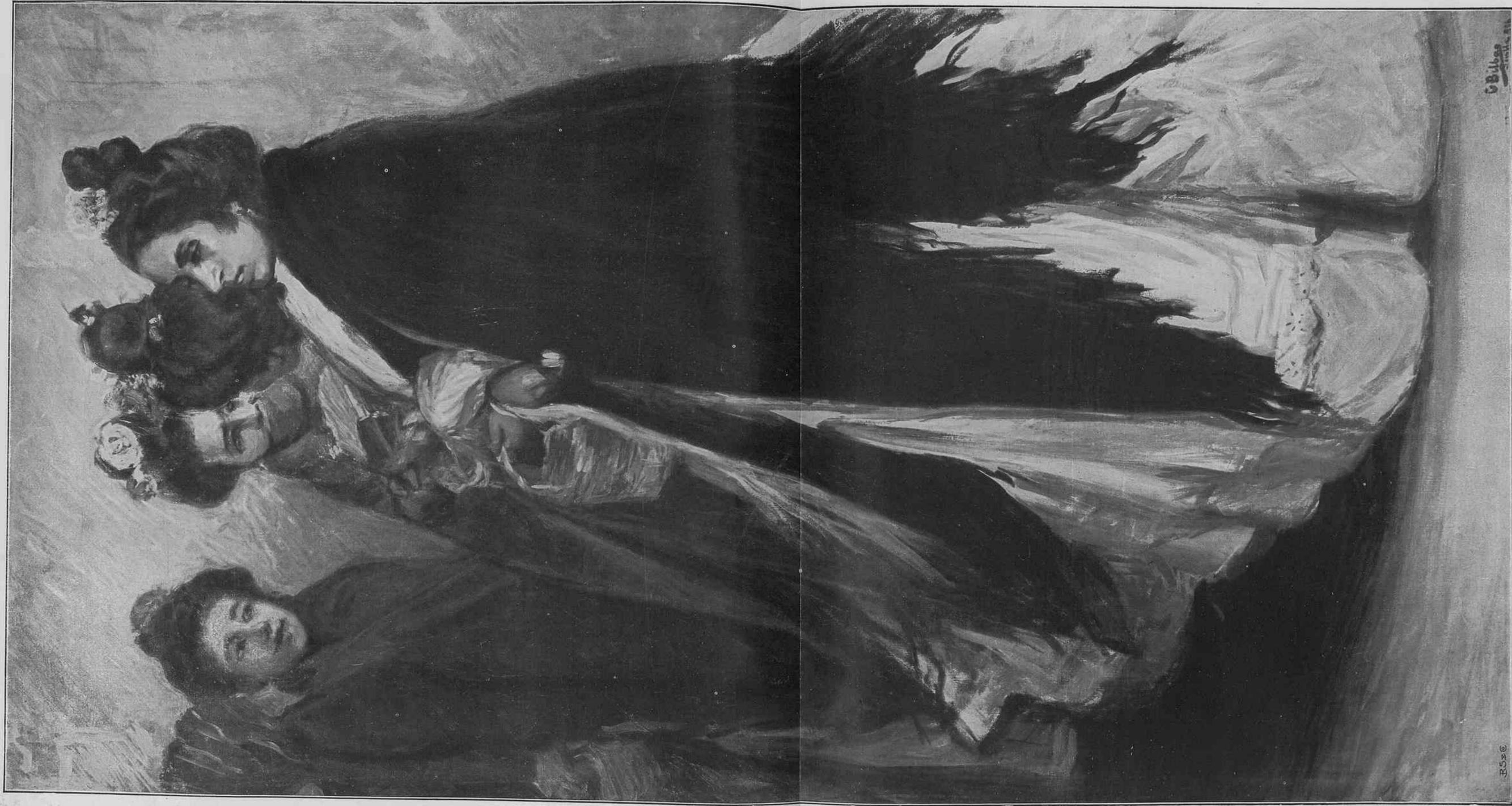
dad de los Médicis. Contra la voluntad y los deseos de su familia, dedicóse al cultivo de la pintura, prosiguiendo su labor en Roma, estudiando la naturaleza en todas sus manifestaciones y contrastes, sin recibir más enseñanzas que las que recogiera sin auxilio de maestro.

Los éxitos obtenidos por este distinguido artista en las Exposiciones de Roma, Berlín y Barcelona atestiguan sus condiciones y aptitudes, así como su personalidad de paisajista inteligente, amante ferviente del natural, que sabe presentar siempre en su aspecto más simpático y sentido.

Un artista de las circunstancias de Filiberto Petiti merece los tributos que se le dirigen y por nuestra parte no los escaseamos, convencidos de que á ellos tiene derecho por su constante labor y sus repetidos méritos.—S.



Paisaje, cuadro de Filiberto Petiti. En el medallón el retrato del pintor



CIGARRERAS, CUADRO DE GONZALO BILBAO

El eminente pintor sevillano ha reproducido en este cuadro uno de los tipos más populares y pintorescos de la perla del Guadalquivir y lo ha reproducido no sólo con toda la maestría técnica que le caracteriza, sino también con todo el amor de quien se halla compenetrado con el alma, por decirlo así, de los asuntos que trata, porque los siente como cosa familiar, como cosa propia

ACTUALIDADES

BARCELONESAS

Con objeto de presidir la Asamblea del Instituto Nacional de Previsión, llegó el día 28 del mes pasado el Excmo. Sr. D. Eduardo Dato, presidente del Instituto, acompañado del secretario y de los consejeros del mismo señores Pujol, vizconde de Eza, Marvá, Ormachea, Gómez de la Torre, conde de los Andes, Jorro Miranda, Prado Palacio, Gómez Baquero, Llanos Torriglia y Alvarez Buylla.

Esperaban á los expedicionarios en el Apeadero del Paseo de Gracia el alcalde y varios concejales, el secretario del Gobierno civil, representantes de la Diputación provincial, el jefe superior de policía, el presidente y algunos vocales de la Caja de Pensiones para la Vejez y de Ahorros de Barcelona, comisiones de la Acción Social Popular, del Museo Social, del Fomento del Trabajo Nacional, del Ateneo Obrero, de la Junta de la Fiesta del Arbol, del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, de la Sociedad Económica de Amigos del País, del Círculo Conservador, de la Juventud Conservadora y de otras muchas corporaciones y entidades.

El Sr. Dato, acompañado del señor alcalde y en el auto-



El Excmo. Sr. D. Eduardo Dato en Barcelona. Llegada al Hotel Colón

Efectuó, además, una excursión á Manresa, en donde presidió la inauguración de la Caja de Pensiones de aquella ciudad.

emperador de Alemania y del rey de España. Presidió la fiesta el cónsul general de Alemania Dr. Falke,

derecha al gobernador civil, á un representante del presidente de la Diputación provincial, al fiscal de la Audiencia y al jefe de policía; y á su izquierda, al alcalde, al presidente de la Audiencia, al rector de la Universidad y al comandante de Marina.

No hubo más discurso que el del capitán general, quien brindó por S. M. el rey D. Alfonso XIII deseándole un largo y feliz reinado, dedicó un recuerdo á las tropas que pelean en Melilla y expresó la satisfacción que le producía ver representados en aquel acto á los dinásticos sin distinción de matices, haciendo votos porque la compenetración entre ellos fuese unánime y duradera.

El brindis del general Weyler fué aplaudido con entusiasmo.

La colonia alemana residente en Barcelona ha solemnizado con un banquete en la «Maison Dorée» el cumpleaños del emperador Guillermo II. Ciento setenta y cinco comensales sentáronse á las cinco mesas dispuestas en el gran salón Luis XV, que estaba adornado con profusión de banderas alemanas y españolas artísticamente enlazadas y con los retratos del



Banquete celebrado por los elementos monárquicos barceloneses en la «Maison Dorée» para festejar el santo de S. M. el rey D. Alfonso XIII

móvil de éste, dirigióse al Hotel Colón, en donde recibió numerosas visitas.

Por la tarde celebróse bajo su presidencia la asamblea en el histórico salón de San Jorge de la Diputación provincial, que se hallaba artísticamente decorado con colgaduras de terciopelo y con banderas nacionales, regionales y de San Jorge. En el estrado presidencial, sentáronse á los lados del Sr. Dato las autoridades; en sitios preferentes estaban algunos diputados provinciales y concejales y representantes de las principales corporaciones barcelonesas. El resto del amplio salón estaba ocupado por numeroso público, en el que figuraban bastantes obreros.

Pronunciaron elocuentes discursos los Sres. Ferrer y Vidal (D. Luis), presidente de la Caja de Pensiones para la Vejez; Maluquer y Salvador, consejero delegado del Instituto; Moragas Barret, director de la Caja de Pensiones, y el Sr. Dato, presidente de la asamblea. Todos los trabajos, dedicados á mostrar las excelencias del ahorro en sus distintas formas, fueron aplaudidos con entusiasmo y muy especialmente el del Sr. Dato, oración magistral en su género.

Durante su estancia en esta ciudad el Sr. Dato ha visitado el Museo Social, del que hizo calurosísimos elogios, la Cámara de Comercio, la Caja de Ahorros, el Centro Monárquico Conservador, la Juventud Conservadora y el Parque Güell, siendo en todas partes objeto de grandes agasajos.

Los elementos monárquicos barceloneses, así conservadores como liberales, solemnizaron la fiesta onomástica de Su Majestad el rey D. Alfonso XIII con un banquete que se ce-

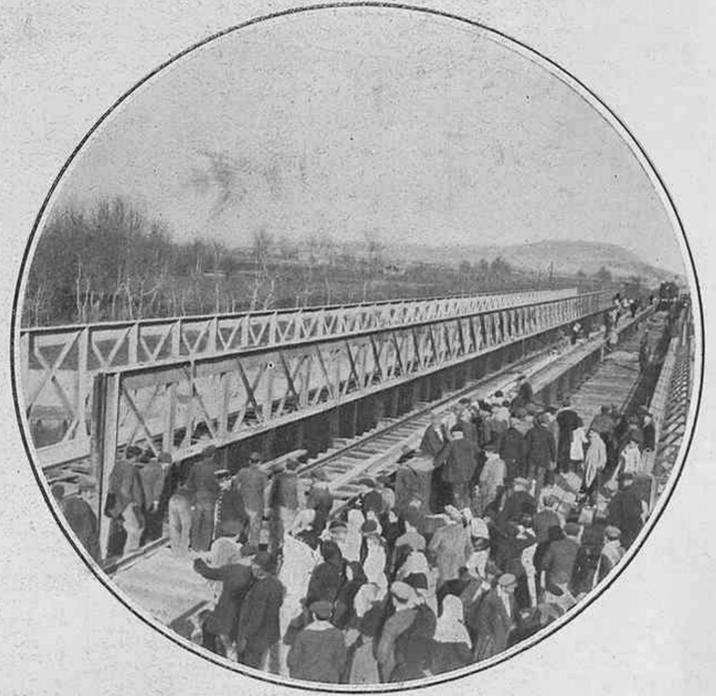
sentándose á sus lados el capitán general, el gobernador civil, la marquesa de Castellflorida, el general Brandéis, el presidente del Club Alemán Sr. Herberg, el teniente de alcalde Sr. Carreras Candi, en representación del alcalde, y el marqués de Castellflorida, coronel del regimiento de Numancia, del que es coronel honorario el emperador.

Pronunciaron elocuentes y patrióticos brindis el Sr. Herberg, el cónsul general y el general Weyler, que fueron coronados con grandes aplausos y con calurosos vivas al emperador, á quien se dirigió un expresivo telegrama de felicitación.

Hace pocos días se efectuó la inauguración del puente metálico de doble vía que la compañía de Madrid, Zaragoza y Alicante ha mandado construir en substitución del viejo y de una sola vía que estaba instalado sobre el río Llobregat, cerca del pueblo del Prat.

El nuevo puente, construido por la Maquinista Terrestre y Marítima, es una obra soberbia; tiene una longitud de 122 metros y su peso es de 500 toneladas.

La operación de substitución del puente antiguo por el nuevo realizóse en poco más de dos horas, sin que, á pesar de lo delicado de las maniobras que debían practicarse, ocurriera el más ligero incidente; y fué presenciada por ingenieros de diversas empresas y por centenares de otras personas de Barcelona, del Prat y de las poblaciones inmediatas. Los trabajos fueron dirigidos por el ingeniero de la Maquinista Sr. Junoy y por D. C. Cornet. (Fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



Colocación del nuevo puente metálico de doble vía sobre el Llobregat



Banquete celebrado por la colonia alemana de Barcelona en la «Maison Dorée» para festejar el cumpleaños del emperador Guillermo II

lebró en la «Maison Dorée» y al que asistieron numerosos y distinguidos comensales. Ocupó la presidencia el capitán general, quien tenía á su

las poblaciones inmediatas. Los trabajos fueron dirigidos por el ingeniero de la Maquinista Sr. Junoy y por D. C. Cornet. (Fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

Se
rante
Mi
me pa
neces
tenía
—
ñarse,
tanto,
Est
que n
En
me h
verle
me de
corazo
la mu
sas, d
sido p
dora.
y hab
derech
Mi
ma, y
mient
—
yo qu

LA NOVELA DE UNA CREYENTE

ORIGINAL DE JUAN DE LA BRETTE. — ILUSTRACIONES DE FRANCISCO SARDÁ. (CONTINUACIÓN.)



— Aquí, contesté descorriendo la cortina que cubría la cuna para preservarla del aire de la noche

Se puso muy pálido y permaneció silencioso durante algunos minutos.

Mi corazón palpitaba con violencia; los segundos me parecían largos como horas, y sin dejar de ver la necesidad de poner fin á aquella escena peligrosa, tenía yo un peso enorme sobre la voluntad.

—¡Es verdad!.., su espíritu recto no puede engañarse, me dijo levantándose. Perdóneme, ¡la quiero tanto, y soy muy desgraciado!

Estas palabras fueron pronunciadas con un acento que me trastornó.

En un instante, todas las pruebas de afecto que me había dado pasaron ante mi vista. Me pareció verle á mi lado, procurando, sin descubrirse, sacarme de la desesperación y de infundir confianza á mi corazón desolado. Me pareció verle aún después de la muerte de mi padre, diciéndome palabras afectuosas, de esas que no se olvidan jamás, cuando han sido pronunciadas en un momento de pena desgarradora. Me amaba en fin... desde hacía mucho tiempo, y había callado durante muchos meses á fin de tener derecho á consolarme.

Mi amor y mi ternura pudieron más que yo misma, y, cediendo á uno de esos malhadados movimientos espontáneos propios de mi carácter, exclamé:

—¡Ah, si usted es desgraciado, cuánto no lo seré yo que le pierdo después de haberlo perdido todo!..

Su rostro adquirió una expresión de alegría que hasta le dió cierta belleza.

—¡Genoveva .., usted me amaba y rehusaba la felicidad!

Me levanté y, en mi estupor al ver que yo había confesado lo que jamás debí decir, no podía hablar.

—Usted me ama... lo ha confesado, me dijo cogiendo mi mano que retiré vivamente.

—¡He confesado?.. ¡Soy muy culpable!, murmuré palideciendo.

Él me miró con un aire lleno de compasión.

—¡Pobre criatura, hasta la sombra del mal la hace palidecer!

Traté en vano de reponerme, y ya experimentaba todos los remordimientos de mi debilidad.

Creo que data de aquel momento mi inmensa compasión por las mujeres caídas á quienes ni el centro, ni la educación, ni las creencias han protegido. Desde aquel día, al recordar mi flaqueza en presencia de aquel hombre sobre cuyo leal corazón hubiera apoyado mi cabeza cansada con una dicha cuya sola idea me transportaba, no debía tener más que una indulgente piedad para las infortunadas á quienes la sed de amar engaña y arrastra al abismo.

—¡Querida Genoveva!, me dijo Marién para obligarme á hablar.

Esta sola familiaridad sublevó toda mi altivez, y

me hizo recobrar el imperio de mí misma irritándome.

—De ninguna manera debe usted hablarme en ese tono familiar, dije. ¡Váyase!

—¡irme... irme cuando sé que me ama, cuando puedo ser para usted lo que tantas veces he soñado!

—¡Y es á mí, dije con voz temblorosa, á quien se atreve á hablar así!.., y hasta cierto punto puede usted creerse en el derecho de hacerlo... No es usted ya, exclamé en un arranque de cólera, el amigo que conocí, sino el hombre que es la causa de mi decadencia á mis propios ojos.

—No es usted la que habla, me dijo en su tono habitual, tan bueno y afectuoso; procure considerarse con más calma la situación.

—¡Es cosa hecha!, dije. La situación es clara: usted partirá, ú obligará á una mujer á salir de su casa para huir del insulto.

—¡Qué mal trata usted al hombre que la ama!, me dijo con voz ahogada. ¿Es irrevocable?

—¡Irrevocable!

Miróme durante un rato de silencio que me pareció largo como la angustia.

—¡Entonces, partiré!, dijo vacilando.

Pero, mientras tanto, no podía decidirse á separarse de mí.

—¡Genoveva, pobre criatura que yo sé tan desgraciada!, exclamó en uno de aquellos arranques de ter-

nura y de pasión que eran como un eco de mi propia naturaleza, ¿quién la rodeará de afecto como lo hubiera hecho yo? ¿Quién la consolará?

—¿Y Dios?, ¿y mi hija?, contesté.

Acercóse á mí y me suplicó otra vez.

—¿No quiere usted conocer la felicidad de ser amada por un hombre leal y sincero?

—Hasta aquí, dije, su única excusa estaba en la sinceridad de su sentimiento; pero su conducta, si insiste, será indigna, porque jamás, sépalo bien, jamás cederé...

Cogió mi mano que besó con ardor y se fué.

Transcurrieron las horas, las sombras llenaron el salón, y yo aun permanecía de pie en el mismo sitio. Un criado trajo luz y me dijo algo que no comprendí. Mi actitud le inquietó sin duda, pues me envió á Fina.

—Mi querida señora ¿está usted enferma?

—Todo se acabó, le dije en voz muy baja; no volverá.

—Vale más que haya concluído puesto que así tenía que ser, me dijo en un tono que revelaba una viva satisfacción que me hizo un daño atroz.

—¡Ah, exclamé, aquí todo me causa horror!

Pasé rápidamente por delante de ella, subí á mi cuarto y me encerré en él.

El dolor, el desprecio de mí misma, mi piedad por Marién, mi amor exaltado por las apasionadas palabras que aun me parecía estar oyendo, se confundían en mi alma para hacerla girar á merced de los caprichos de una verdadera tempestad.

Sin embargo, si hubiese tenido que sufrir un nuevo asalto, yo sabía muy bien que mi contestación no variaría; pero luchaba contra la mujer á quien, en la terrible agitación de sus pensamientos, causaba ahora horror hasta la tranquilidad de aquel cuarto cuyo aspecto recogido le gustaba tanto habitualmente.

De pronto un vivo impulso me echa á los pies de mi Cristo, y, fijos los ojos en esa amada imagen del sufrimiento, pido valor y calma.

Luego, junto á Gilberta, medito largamente mirando su bello rostro dormido que una luz velada ilumina. A su lado, una madre llora por sí misma porque es débil, y llora también al pensar que la vida traerá á su hija decepciones que quizá la encuentren sin fuerza. ¡Pide que sus lágrimas te sirvan de égida contra ti misma, y te las da, oh hija adorada! ¡Ofrenda humildemente hecha á Aquél que conocerás un día; ojalá estas lágrimas sean para ti el sostén oculto en medio de las angustias, que atenúen la rudeza de tus sufrimientos y te preserven de las caídas!

IX

Hacia meses que él había partido; había pasado el invierno, un invierno seco, claro, casi alegre, durante el cual una desgraciada mujer, que se creía llena de fortaleza, había caído en el abatimiento. No era que sintiese haber obrado bien, pero pensaba con remordimiento en la confesión culpable y con desolación en el amigo desaparecido.

En la exaltación de un sentimiento vivo y apasionado, puede realizarse un gran acto; pero cuando la efervescencia ha cesado, las heridas cotidianas, los detalles de la existencia pesan más sobre las facultades, porque, á pesar de la inmensa amargura enerrada en la acción generosa, el alma ha gozado sin duda del soplo vivificador que, pasando sobre ella la elevó por cima del nivel habitual. Por esto, al reanudar la vida en el punto en que la dejara, lo hace con hastío y fatiga.

Parece que la dicha en el sacrificio transporta el corazón de los santos; pero seguramente, á pesar de la satisfacción de haber conservado la estimación de sí misma, esa dicha no existe en el corazón de una débil y pobre mujer.

—¡Mi pobre Genoveva, me decía Merán desolado, cómo has enflaquecido! En tu rostro no veo más que tus grandes ojos. ¿Quieres partir conmigo? Soy demasiado viejo para ir muy lejos; sin embargo aun podríamos viajar juntos.

—¡Oh!, ¿para qué?

Era la contestación invariable de un ser cobarde y abatido que, estupefacto, sin interesarse ya por nada más que por su hija, se creía muerto para todas las sensaciones de la juventud y de la vida.

Sin embargo no estaba en su carácter el abandonarse tanto tiempo á una desesperación estéril, pero á su alma abatida le costaba un trabajo infinito el volverse á levantar, y, como sucede en las horas de grande aflicción, todas sus penas habían adquirido nueva intensidad.

Jamás el vacío dejado por la muerte de su padre le había parecido á ella mas espantoso, porque jamás había tenido tanta necesidad de un apoyo.

Cuando iba á ver á Merán, la rodeaban, para aba-

tirla dulces y penosos recuerdos, y el viejo pastel con sus grandes árboles sin hojas le parecía lamentable.

Cuando cruzaba el jardín desnudo, los viejos criados se agrupaban detrás de los cristales para verla hollar con lánguido paso la hierba de los paseos. Sacudían la cabeza con aire de compasión y como queriendo decir que aquel pequeño espectro caería pronto en el país de las sombras y del olvido.

Pero no se suele morir de pena, y bajo la influencia de las ideas cristianas á que procuraba adherirme con ardor, como una enredadera demasiado frágil á un árbol robusto, pronto debía operarse una resurrección moral.

Uno de los primeros indicios de mi resurrección fué el ardiente deseo de ver á mi marido ocupar de nuevo su puesto en casa. Fuesen cuales fueren las dificultades de mi vida con él, eran preferibles á mi profundo aislamiento.

Si su presencia era una protección ante el mundo, era sobre todo una protección para mí misma.

La necesidad de luchar, de reaccionar contra mi carácter, de cumplir con deberes prácticos, debía ayudarme á remontar la pendiente por la cual resbalaba á menudo y que conducía seguramente á la caída moral.

Acumulaba esfuerzos sobre esfuerzos á fin de no pensar en el hombre que me amaba; pero, en mi vida solitaria, las mismas circunstancias exteriores estaban contra mí. Había penetrado demasiado lejos en mi corazón para que su recuerdo no se deslizase en todos mis pensamientos.

—¡Mi pobre Final! ¿Qué cansada estoy de mi soledad! ¿Crees tú que Luis va á volver pronto?

—Bien tendrá que volver, señora; y si me hubieran dicho, hace un año, que yo también llegaría á desear su vuelta, no lo hubiese creído.

—¿Ves? Cuanto más reflexiono sobre mi actitud respecto á él, más creo que es preciso evitar los reproches.

—¡Tiene usted razón, reina mía!, me contestó vivamente. Procure estar tranquila, tener calma y hacer más cómoda para él una situación difícil; se lo agradecerá.

—¡Oh! ¿Lo crees así?, dije con un asomo de esperanza. No reconozco en mí nada de bueno.

—Usted verá que, dentro de algunos años, comprenderá que su casa es, después de todo, lo mejor para él. Eso pasa con frecuencia.

Durante aquellos meses de soledad y de penas, la vieja planchadora no había cesado de prodigarme las delicadezas de su corazón para sostenerme y consolarme. A veces me hacía un discurso lleno del buen sentido imperturbable que constituía el fondo de su filosofía rudimentaria.

—Naturalmente, la juventud cree haberlo perdido todo... ¡No puede ser como los viejos que han abarcado tantas cosas en la cabeza y saben que eso pasa pronto, tesoro mío!

La palabra más sencilla, la más trivial en apariencia, es á menudo la que calma con más seguridad. Escuchándola, pensaba en el porvenir y me veía como esos viejos cuyas penas demasiado ásperas se han suavizado á lo largo del camino. Pensaba que los años tormentosos de la vida no ocupan más puesto, en el curso del tiempo, que las ondas formadas en la superficie del Loira por la brisa que pasaba. A veces, esa idea me animaba, pero otras veces me afligía. ¡Pobre mujer, ligera como una pluma! A pesar de sus pretensiones de valiente, se abandonaba á las impresiones diversas que la hacían volar á derecha é izquierda, sin poder descansar en un punto tranquilo. Sin embargo, quería escapar sinceramente al entumecimiento moral á fin de que sus pensamientos fuesen más puros, á fin de que la llama que había dejado amortiguar al extremo de que á menudo apenas se reflejaba en las paredes de su cárcel, rompiese esas mismas paredes para invadir la voluntad.

Estábamos á últimos de junio cuando Luis me anunció su regreso.

«Me verá usted pronto en Roche-Plate, me decía; quizá al mismo tiempo que mi carta.»

Yo había tomado la firme resolución de no rebajarme á recriminación alguna. Mi deseo se realizaba; íbamos á reanudar una vida común, al menos en apariencia, y apelaba á toda mi razón para disipar la irritación que fermentaba á la lectura de las cortas líneas triviales que me había escrito.

Pero desde que me sentía culpable, desde que mis pensamientos secretos cedían con tanta frecuencia, había perdido mi rigor. En fin, aparte de las razones de un orden superior que me inducían á la moderación, yo sabía muy bien que de mi actitud dependería la calma de nuestras relaciones.

No llegó en todo el día. Cerca de la media noche, aun estaba yo á mi ventana, pensando que, cuatro

años antes, en la misma época, esperaba yo con inquieta alegría el día siguiente, lo desconocido lleno de esperanzas. Era la misma noche, el mismo silencio turbado de cuando en cuando por el grito de una lechuza y el rumor de las hojas. Me creía otra mujer; sin embargo, mis impresiones presentes tenían relación con las de antaño, como la tienen las hojas de un libro con las siguientes. Me puse á temblar al oír de pronto el ruido de un coche en la alameda.

A aquella hora tardía, era él, y aun discutía conmigo misma para saber si debía bajar ó esperarlo en mi habitación, cuando un paso bien conocido, y a modo tiempo atrás, se acercó á mi cuarto.

Luis entró con la tranquilidad aparente de un hombre que se hubiese separado de mí el día anterior. Sin embargo, la palidez de su rostro denotaba una emoción disimulada bajo el aire altivo de antes.

¿Qué de veces había pensado yo en aquel regreso! ¿Qué de veces había preparado mis fuerzas para recibirle no con cólera, pero sí con un aire que, á mi juicio, debía impresionarle! Sin embargo, había contado con un estímulo, con una palabra que disminuyera la tirantez de la situación y me permitiese hablar. Pero parecía que él era el juez y yo la culpable. ¡Dios mío, qué extraño es esperar siempre contra toda esperanza!

Hice tal esfuerzo para dominarme que contesté en un tono tranquilo, casi natural, á las pocas palabras insignificantes que me dirigió. Ante una acogida pacífica con que no contaba, su frente se serenó.

—¿Dónde está Gilberta?, me dijo.

—Aquí, contesté descorriendo la cortina que cubría la cuna para preservarla del aire de la noche.

El ruido la despertó. Se puso á reír al ver á su padre, que la cogió en brazos y la cubrió de caricias.

Este movimiento me llenó de alegría. ¡Ah!, por grande que fuese su antipatía para conmigo, había en su casa un lazo demasiado fuerte para que lo rompiera; cualquiera que fuese su conducta, su hija le atraería siempre al hogar que yo no había querido destruir.

¿Pero por qué experimentaba yo para conmigo una decepción tan grande? Cuando me hubo dejado sin una palabra cortés, sin un acento del corazón ante los sufrimientos visiblemente marcados en mi rostro, me asomé oprimida á mi ventana diciendo:

—¿Por qué había esperado yo, Dios mío? Vuelve tal como era al marcharse. La cadena vuelve á estar atada más fuertemente que nunca; yo soy la que debe aligerar su peso.

Pero lo que mis labios murmuraban, no lo decía mi corazón. ¡Ay!, sin saberlo yo, se iba hacia el viajero que tan sinceramente me hubiera amado. ¿Dónde estaba? La distracción y el movimiento ¿obraban ya sobre su tristeza? ¿Pensaba también á menudo en la mujer agobiada á quien hubiera querido consolar?

Al salir de mi reflexión disolvente, lloré de despecho y de vergüenza, porque sabía muy bien que no basta conservar exteriormente la dignidad de la vida, y que la ley divina quiere un bien más refinado.

Al día siguiente de su llegada, Luis se apresuró á criticar todas las disposiciones que yo había tenido que tomar en su ausencia.

—Sin embargo, usted sabe muy bien, me dijo, que quiero dirigir yo solo las reparaciones.

—Eran cosas urgentes, contesté con tranquilidad, y como usted no había determinado la época de su regreso, no pude esperar.

Miróme con atención y se mordió los labios. Descubría en mí una serenidad tranquila que le desconcertaba, y comprendía vagamente que mi carácter había recibido un sello que debía durar.

Por la tarde, volvió de mal humor.

—¿Qué es lo que acabo de saber?, me dijo. ¿Marién ha partido?

—Ha vuelto á sus antiguos amores y se ha lanzado á peregrinaciones lejanas, contesté haciendo punto de aguja con ardor.

—¡Ah!.. No me había hablado de sus proyectos. Por lo demás, tiene razón; la vida estúpida que aquí se hace es odiosa. Yo ya no comprendo más que los viajes y lo imprevisible.

—¡Me lo ha probado usted!, contesté con una vivacidad involuntaria.

Su frente volvió á anublarse; estuvo á punto de encolerizarse, pero se contuvo.

—Sin Marién, la vida no será aquí aguatable, repuso de mal humor. A pesar de ser bastante ridículo con sus incorrecciones y sus trajes del otro mundo, es un excelente compañero de caza y un buen muchacho.

¡Pobre Marién!.. ¡Cómo la verdadera distinción, la del corazón y de la inteligencia, es á menudo singularmente tratada! Me abstuve de contestar y de alzar la vista, pues la expresión de mis ojos quizá me hubiera vendido.

Transcurrió penosamente una semana. Al llegar á Roche-Plate, Luis estaba decidido á imponerme silencio en el caso; para él seguro, de que yo hubiese prorrumpido en violentos reproches, y á tomar el pretexto de una escena para volver el arma contra mí.

Su sorpresa había sido agradable, pero había olvidado ya que debía á mis esfuerzos la facilidad de nuestras relaciones, y mi sangre fría empezaba á irritarle.

Mi actitud fría, pero ni hostil ni compasada, le humillaba; no me perdonaba mi manera de contestar al mal que me había hecho.

Sin embargo, no había habido ningún conflicto serio entre nosotros hasta el día en que el buen viejecito Merán, no pudiendo contenerse, le dirigió los más vivos reproches. Luis, que había ido á verle, volvió á Roche-Plate en un estado de furor indecible.

Entró en el salón con las cejas contraídas y en una actitud que asustó tanto á Gilberta que la niña se agarró á mi falda mirándole con ojos espantados, pues, ¡gracias á Dios!, mi marido no tenía nunca para su hija más que palabras cariñosas.

—Le prohibo á usted, me dijo en un tono imperioso, que en lo sucesivo reciba á su Merán.

No contesté nada por temor de excitarlo.

—Cuando se hace alarde de dignidad, cuando una se dice cristiana, exclamó, ¿se queja tan alto? ¿Es decoroso exponer su marido á la escena que ese ridículo viejo acaba de hacerme? ¿Quizá le había usted encargado que me tratase como á un colegial?

—Usted sabe que eso no es cierto, contesté; los hechos hablan por sí solos.

Pero no escuchaba; su cólera se excitaba de por sí, y mi hija, de carácter impresionable, cambiaba por momentos.

—¡Por favor!, exclamé, ¡cállese!, ¡cállese! ¡Mire usted á Gilberta!

La niña, trastornada, acaba de caer en convulsiones en mis brazos, y vi que Luis se puso horriblemente pálido ante aquella carita crispada.

La crisis fué corta; al día siguiente, sólo le quedaba á la niña un gran miedo á la vista de su padre, quien, muy temprano, había venido á mirarla; pero yo había pasado la noche reflexionando y modificado mis planes.

Fuí á encontrar á Luis en su cuarto, absolutamente dispuesta á hacerme escuchar.

—Es necesario, le dije, que escuche usted tranquilamente lo que tengo que decirle.

—¿Qué significa ese exordio?, preguntó con ironía.

—Simplemente que si usted cree no poder dominarse bastante para conservar conmigo cierta moderación, tendremos que separarnos.

—¿A qué viene eso?, exclamó enfureciéndose inmediatamente. ¿Cree usted que yo soportaré?

—¡Usted me oirá!, interrumpí en un tono tan firme y resuelto que obtuve un momento de silencio. No recrimino nada por mí, y estaba muy resuelta á no recurrir jamás á los medios extremos. Pero el accidente de Gilberta ha modificado toda mi manera de ver y hasta de sentir. Si su antipatía es tal que no puede usted vivir conmigo sin entrar en accesos de furor que ya no debo soportar, separémonos amistosamente.

—¡Ni amistosamente ni de ninguna manera!, contestó dando una patada en el suelo.

—¿Ni de ninguna manera? Y yo le juro á usted que si no hace soportable mi vida y la de mi hija, acudiré á los tribunales.

A pesar de la firmeza de mi actitud, me apoyaba con ambas manos en el respaldo de un sillón, pues mi cuerpo flaqueaba de miedo y de emoción.

Pero Luis, cuando quería, se dominaba perfectamente. Su susto de la víspera había sido extraordinario, y era de esos hombres que, amigos sobre todo de la corrección exterior, tienen un miedo grandísimo á la opinión de la gente. Había sido menester todo el arrebato de su pasión para que le diese la publicidad de un escándalo, y la amenaza que yo acababa de pronunciar se refería á un hecho realizable que le sería odioso, aun cuando el proceso se fallase en contra mía.

—Me parece, dijo en tono glacial, que desde luego le pruebo mi paciencia.

—Está muy bien, contesté fríamente; y yo hago votos por que no tenga que probar á usted que mi resolución es inmutable.

Le dejé con su asombro y con su cólera, pensando que el fuego ardía bajo la ceniza y que no tardaría en estallar con violencia.

Pero aquel mismo día, frustró mis temores absteniéndose de toda observación cuando vió á la vieja Fina cruzar el jardín á paso ligero, con sus planchas en la mano y palpitante al pensar en su audacia.

Aquel viejo y fiel corazón había acallado sus altiveces habituales por amor de mí, y como antes, á

pesar de los acontecimientos, tuve la alegría de ver, cada sábado, su querida y cómica silueta.

X

Desde entonces mi existencia entró en una nueva fase, fase llena de frialdades y de amargura, pero de una tranquilidad relativa.

Luis había comprendido que yo no era ya la muchacha temblorosa y tímida que había conocido, ni la mujer amante que él hubiera podido someter á todos sus caprichos. Nuestras relaciones ya no habían de tener, sino muy raramente, aquel carácter violento que hubiera hecho la vida insoportable á mi hija. Pero era evidentemente imposible que su carácter y su antipatía se modificasen de pronto, y continuó, durante algún tiempo, bastante largo, la guerra á alfilerazos, guerra de emboscadas, complaciéndose en lastimar los sentimientos que sabía que me eran gratos y en hacer burla de las ideas generosas que yo sustentaba.

Unos dos meses después de su regreso, recibí una carta del Sr. Marién que le anunciaba su partida para el Japón.

—Afirma que su pasión por los viajes ha resucitado tan violenta que él no volverá á Francia en unos cuantos años, me dijo.

—Siempre le han gustado los viajes lejanos, contesté, reprochándole interiormente la emoción que yo disimulaba.

—Sin embargo, parecía instalado completamente en Anjou. Después de todo, es un hombre caprichoso; pero su carta está escrita en un tono de tristeza que me hace sospechar que, detrás de su precipitada marcha, podría muy bien haber alguna decepción. ¡Marién melancólico y enamorado!, es el colmo de la gracia.

—¿Por qué?, dije con esfuerzo. Pasa por ser hombre de mucho corazón.

—¡Psé!, corazón..., todo el que usted quiera, pero ¿qué mujer le puede amar? ¡Vamos á ver!

Mientras me hablaba así, nos encontrábamos en el linderó de un bosque, donde, el año anterior, Marién, delante de una reunión de amigos, había referido con mucha gracia una chistosa aventura que le había sucedido la víspera.

Nadie le encontró ridículo, y no sé por qué yo había conservado de aquella tarde una impresión particularmente seductora. Esta renació, fresca y viva, ante los bosques perfumados y las flores silvestres que habíamos admirado mientras se abandonaba á su verbosidad.

—Pero, dije maquinalmente, ¿y su inteligencia, y sus cualidades morales, gran parte de las cuales apreciaba usted en su buen carácter?

—¡Cualidades morales!, contestó Luis encogiéndose de hombros. No tiene usted ni sombra de criterio, mi pobre Genoveva, y siempre vivirá usted en el país del ideal.

¡Ah!, ese país, yo le adoro, si sus habitantes no se parecen á los escépticos de nuestro planeta. Pero Luis podía denigrar á su amigo cuanto quisiera; había en el fondo de mi alma un rincón en que la imagen del que me amaba seguía conservando un matiz de ideal.

Aquella carta melancólica, al impresionarme profundamente, destruyó en parte el trabajo de los meses anteriores.

Hallé un pretexto para ir á Saumur, y me detuve en casa de Fina.

Regaba ésta los claveles que tenía en su ventana, delante de unos harapos que los vecinos habían colgado de una mala cuerda que atravesaba el miserable patio. Ella también amaba á su manera el país del ideal, y aquellos magníficos claveles, que cuidaba con solicitud, le contaban lo que su espíritu experimentaba sin poder quizá analizar su impresión.

En un fogón portátil empezaba á arder el carbón, y su chal de forma antigua, puesto sobre la cama digna de una princesa, indicaba que la vieja acababa de llegar. Cumplía diariamente una misión que, desde hacía muchos años, su corazón le había impuesto. Cada mañana, madrugaba más de lo regular para adelantar su trabajo del día, á fin de tener tiempo de ir muy lejos á hacer las faenas domésticas en casa de una antigua cliente que había caído en la miseria.

—¿Tienes todavía esa carga, pobre Fina?, le dije.

—¡Oh, no es carga que me pesel, contestó. Pero voy pronto á verme privada de ella, porque la pobre señora se va de Saumur, y siento mucha pena á la idea de no volverla á ver.

—Pues yo me alegro á la idea que no te cansarás tanto.

—¡Bah, cansarme!., ¡no me haga usted reír, señora! ¿Puede cansarme á mí el hacer una cama y dos cuartos? Pero no es lo mismo para ella, que fué edu-

cada como usted. Todavía voy á plancharle la ropa antes de que parta.

Se instaló delante de la mesa, después de haberse recogido la falda en torno suyo, según solía hacerlo en su cuarto ó en la lencería.

Yo meditaba en silencio sobre el ejemplo que daba á mi ánimo enervado aquella viejecita tan cariñosa como yo, pero más aislada todavía, cuando me dijo:

—¿Y bien, señora? Supongo que no ha venido usted para estarse muda como un pez.

—No pensaba en mí, sino en ti, dije saliendo de mi meditación. Fina, Luis ha recibido una carta del Sr. Marién... Parece que está muy triste.

—¡Sin dudal!. No puede ponerse alegre de pronto, como un aturrido.

—¡Cómo dices eso!., repuse algo ofendida.

—¿Cómo quiere usted que lo diga, mi querida señora? Pero usted es demasiado buena en preocuparse con su tristeza. En primer lugar, no podía escribir á su marido de usted en tono jovial, pues sabía muy bien que usted oiría hablar de su carta.

—Fina, dije, creo que hoy estás de mal humor.

—¿Qué quiere usted, hija mía? No quiero negar que tenga pena; creo que la tendrá todavía. Pero que no me digan que eso durará eternamente, porque no soy tonta.

—¡No se trata de eso!, dije desconcertada y llorando.

Fina, que se había propuesto aquel día, no apiadarse de mi suerte, y menos de la de Marién, aparentó no notar mi emoción y prosiguió:

—¡Cuando pienso que yo también me levanté de cascos por un jayán!., guapo, eso sí, un real mozo, ¡con unos ojos tan expresivos, y una osadía en la mirada!.. ¿Pues no tuve la simpleza de enamorarme de él? A mi padre no le había entrado por el ojo derecho, pero no decía nada porque me veía loca por aquel hombre. Pues bien ¿querrá usted creer, señora, que el muy tuno no venía con buen fin? La gente se reiría de mí si yo dijese, yo que soy tan fea, que un hombre se me arrodilló... ¡Si usted hubiese visto todas sus monerías!.. «Que si yo no cedía, iba él á morir de pena; que deseaba tomarme por esposa, pero que su madre no quería, porque yo no tenía dinero, y que en fin, finalmente iba á tirarse de cabeza al río.» «¡Hombre!, le dije, ahóguese si quiere pero ¿qué va á ganar con ello? Y en cuanto á ser su esposa, si me lo pidiera ahora, yo no querría. No está en mi carácter entrar en una familia que no me quiere.» ¡No se ahogó é hizo bien! ¡Era una insensatez! Al cabo de algunos meses, supe que se casaba con una mujer alta y flaca como una percha y tan fea como yo, pero con muchos cuartos. Ahora, es un buen hombre con unos hijos tan guapos que les beso cada vez que los encuentro. ¡Les tengo tanto amor á los niños! Cuando pienso en eso, lo veo ya tan remoto, que no parece sino que ha transcurrido un siglo desde entonces... Pero me consumí largo tiempo pensando en él.

Yo sabía que Fina había tenido su novela, pero nunca me había hablado de ella de modo tan explícito.

—Esto es para decir, repuso rociando tranquilamente su ropa, que los hombres encuentran bien el medio de consolarse más pronto que nosotras, y que si nos olvidan, debemos hacer otro tanto. ¡Yo encuentro que es lo más digno!

El lenguaje era un poco rudo; lastimaba mis sentimientos y mi secreto orgullo. Pero me causaba una pena saludable ofendiendo ligeramente mi dignidad, que no tenía ya ganas de entregarse á los correazos de Fina.

—¿Y bien, señorita?, repuso; parece que su marido no se porta del todo mal.

—No... Es glacial, me lanza á cada momento indirectas mortificantes, pero se ve que ha tomado la resolución de evitar las escenas violentas.

—Verá usted como la cosa irá cada vez mejor. ¿Es verdad que quiere ir á vivir en París?

—Sí..., es un proyecto decidido. Ya no pasaremos más que dos ó tres meses en Roche-Plate, y lo siento mucho.

—Me alegro de que no permanezca usted siempre en el país. Necesita usted adquirir otras costumbres y perder de vista los sitios que le recuerdan tantas cosas tristes.

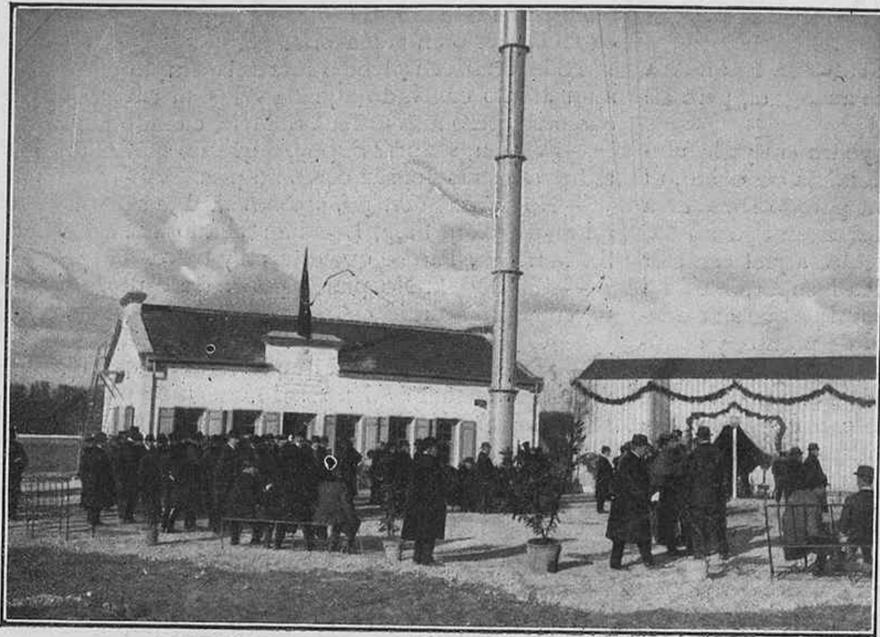
—Es un cambio que me hubiera sido beneficioso en otras circunstancias, contesté.

Y, estallando luego con la mayor emoción, exclamé:

—¿Ignoro acaso la causa de su alegría cuando habla de esa nueva instalación? ¿No sé yo que ella se establece en París, y que han tomado sus disposiciones juntos? Es un hecho consumado, y no tengo más remedio que pasar por ello; pero ¿cómo quiere que, en semejantes condiciones, me alegre de partir? ¿Puedo aceptar tranquilamente esa espantosa situación?

(Se continuará.)

ACTUALIDADES MATRITENSES.—INAUGURACIÓN DE LA ESTACIÓN CENTRAL RADIOTELEGRÁFICA.—EL PRÍNCIPE DE MÓNACO



Estación central radiotelegráfica Madrid-Aranjuez, inaugurada solemnemente el día 27 de enero último



SS. MM. en el acto de la inauguración de la estación central radiotelegráfica. (De fotografías de Asenjo y Salazar.)

Con gran solemnidad efectuóse el día 27 de enero último la inauguración de la estación central radiotelegráfica Madrid-Aranjuez.

A las once de la mañana salió de Madrid un tren especial dispuesto por la Compañía nacional de Telegrafía sin hilos que conducía á las personas invitadas á la fiesta, figurando entre los expedicionarios el ministro de Marina, los embajadores de Inglaterra é Italia con algunos secretarios y agregados, el gobernador militar de Madrid, el general Bascarán, el jefe superior de policía, el coronel de Ingenieros Sr. Figuerola, presidente de la Junta de Telégrafos é inspector general del Cuerpo, jefes y oficiales del ejército, especialmente de Ingenieros, senadores, diputados y periodistas. Acompañaban á los invitados el conde viudo de Albiz, consejero delegado de la Compañía, los Sres. Alvarez Estrada, Ortuño, Estelat, Rodríguez Mourelo y Stwain y el capitán de Ingenieros Sr. Ortega, ingeniero de la empresa y peritísimo en radiotelegrafía.

En Aranjuez, los expedicionarios fueron obsequiados con un magnífico almuerzo, terminado el cual dirigieronse todos al lugar en donde se levantan el edificio y las antenas de la estación. Poco después llegaron los ministros de la Guerra y de Gobernación y el director general de Comunicaciones Sr. Sagasta y finalmente SS. MM. don Alfonso y Doña Victoria, acompañados de los príncipes Leopoldo y Mauricio de Battenberg, siendo recibidos por los consejeros de la Compañía y por los invitados.

Los soberanos examinaron la notable instalación y en seguida se inauguró la estación, cursando y recibiendo algunos despachos.

Establecida la comunicación, S. M. el rey redactó los siguientes telegramas, que fueron rápidamente transmitidos:

«El rey de España al rey de Inglaterra, emperador de las Indias, y á la reina María, á bordo del *Medina*, en el Mediterráneo:

«Al inaugurarse la estación central española de la telegrafía sin hilos, envío á VV. MM. mi más calorosa felicitación con motivo del feliz regreso del

«Rey de España á rey de Italia. (Estación de Coltano):

»En el momento de inaugurar el servicio público marconigráfico, tengo el gusto de saludar á V. M. y á toda Italia, patria del gran inventor Marconi. — ALFONSO.»

«A la reina Alejandra, en Londres: »Uno de nuestros primeros marconigramas es para ti, querida tía, y en él te enviamos nuestros más afectuosos saludos y nuestros recuerdos cariñosos. — ENA y ALFONSO.»

El director general de Comunicaciones expidió el siguiente:

«A Marconi, en Londres:

«El director general de Comunicaciones de España felicita y envía un afectuoso saludo al Sr. Marconi y á los marconigrafistas del mundo entero. — BERNARDO SAGASTA.»

Poco tiempo después comenzaron á recibirse las contestaciones.

El éxito de la inauguración no pudo ser más satisfactorio y por él felicitó expresivamente al conde de Albiz S. M. el rey, quien hizo grandes elogios de este admirable progreso de la radiotelegrafía.

Con esto se dió por terminada la ceremonia, regresando á Madrid los reyes y los príncipes, que fueron despedidos con las mismas demostraciones de afecto con que habían sido recibidos á su llegada.

El príncipe Alberto de Mónaco, que últimamente ha estado en Madrid, es una figura ilustre de la ciencia que ha logrado conquistarse fama mundial especialmente por sus estudios y trabajos sobre oceanografía, materia en que, con razón, es considerado como verdadera autoridad.

Alberto Honorato Carlos, soberano reinante de Mónaco, nació en 13 de diciembre de 1848; es duque de Valentinois y Grande de España. Prestó, hace años, servicios en la Marina española y durante la guerra franco-prusiana en la Marina francesa. En 1889 sucedió á su padre, el príncipe Carlos III.



Llegada del príncipe Alberto de Mónaco á Madrid. El príncipe acompañado del infante D. Carlos. (Fot. de Asenjo y Salazar.)

triumfal viaje al gran imperio de la India. Al propio tiempo, abrigó la esperanza de que este nuevo medio



S. A. R. el príncipe Alberto de Mónaco en su laboratorio de Monte Carlo. (Fot. de Chusseau Flaviens.)

de comunicación será un vínculo más que estreche las cordiales relaciones que existen entre ambos países. — ENA y ALFONSO.»

años, servicios en la Marina española y durante la guerra franco-prusiana en la Marina francesa. En 1889 sucedió á su padre, el príncipe Carlos III.

S. A. llegó á Madrid el día 24 del mes pasado, siendo recibido en la estación por S. A. el infante D. Carlos, en representación de S. M., por algunos hermosos salones, espléndidamente adornados, se una excursión á Toledo, y una solemne recepción en el ministerio de Instrucción Pública, en cuyos salones, espléndidamente adornados, se líticas y otras muchas personas distinguidas. La falta de espacio no nos permite dar cuenta ni siquiera en extracto de aquella conferencia, notable

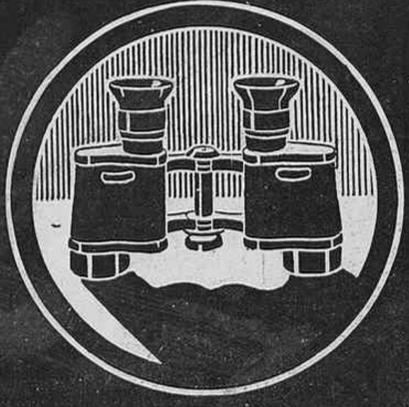


El príncipe de Mónaco en Madrid.—Recepción en el Ministerio de Instrucción Pública. (De fotografía de Asenjo y Salazar.)

ministros, por todas las autoridades y por comisiones de academias y de otras corporaciones científicas. Desde la estación y acompañado del infante D. Carlos dirigióse al palacio real, en donde se ha hospedado durante su estancia en Madrid. En honor del príncipe se han celebrado varios festejos, entre ellos un concierto en el teatro Español, un banquete y concierto en el regio alcázar,

habían congregado, para ofrecer sus respetos al príncipe, ilustres personalidades de la política, de la ciencia, de la literatura y de las bellas artes. El príncipe Alberto dió en el Conservatorio una importantísima conferencia sobre los progresos de la Oceanografía. El acto revistió excepcional solemnidad y á él asistieron toda la familia real, representaciones de academias, sabios eminentes, notables po-

desde el punto de vista científico y al mismo tiempo amena é interesante, que valió al orador una ovación entusiasta. S. A. visitó la Academia de la Historia, de la que es miembro honorario, y el Ateneo, siendo en una y otra corporación objeto de afectuosas demostraciones y dejando oír en la última una vez más su autorizada palabra sobre materias oceanográficas.



ZEISS
GEMELOS
 PARA VIAJE,
 DEPORTE Y CAZA
 PIDASE EL PROSPECTO (T. 224)
 De venta en todos los Establecimientos
 de Optica, y por
CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA
 Berlín - Francoforte s/M. - Hamburgo
 Londres - París - San Petersburgo - Viena.

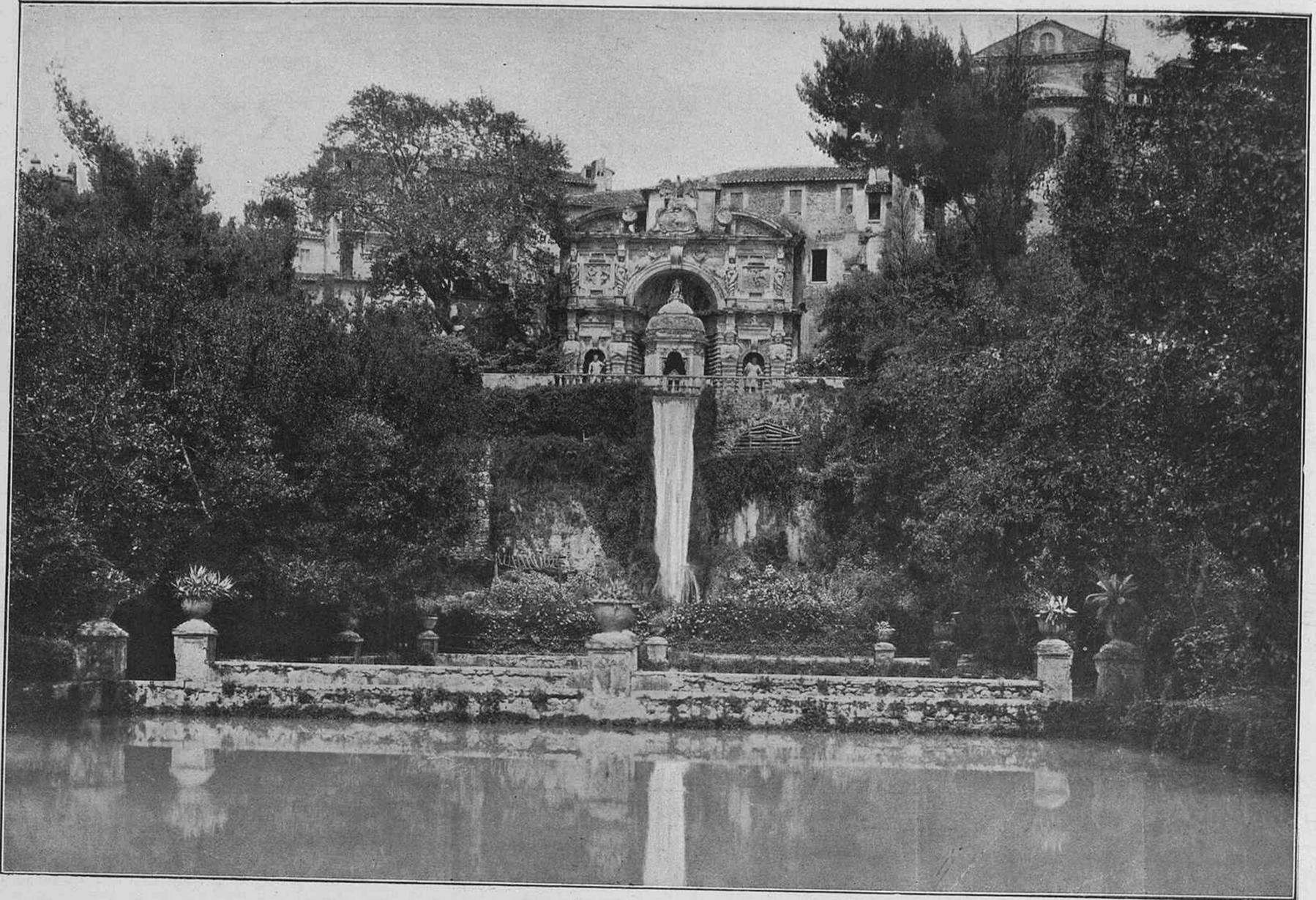
Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILVORE. DUSSER, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

LA ACADEMIA ARTÍSTICA DE AUSTRIA-HUNGRÍA EN LA VILLA DE ESTE, EN TÍVOLI



La cascada de la Villa de Este. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

El gobierno austriaco ha alquilado recientemente la preciosa *Villa de Este*, en Tívoli, á fin de establecer una Academia para los jóvenes artistas austriacos y húngaros. La organización de esta Academia estará calcada sobre la de la Academia de Francia que tiene su residencia en la *Villa Médicis*, en Roma, y cuyos reglamentos y funcionamiento han sido previamente estudiados al efecto por una comisión especial designada por aquel gobierno. La Academia de Francia en Roma, que data del tiempo de Luis XIV, puede servir realmente de modelo; su existencia ha movido á las principales naciones de Europa á fundar en la capital de Italia escuelas de arte, en donde los artistas hállanse en condiciones de poder dedicarse al estudio de los inmensos tesoros artísticos de que está llena la Ciudad Eterna.

La *Villa de Este* está situada, como hemos dicho, en Tívoli, población distante treinta y un kilómetros de Roma y célebre así por sus incomparables bellezas naturales como por sus numerosos é interesantes restos de monumentos antiguos, entre los cuales sobresalen los del Templo de la Sibila y los de las *villas* de Mecenas, de Quintilio Varo, de Salustio, de Catulo y de Horacio.

La mencionada *villa* fué construída en 1549 por el cardenal Hipólito de Este, según los planos y dibujos de Pirro Ligorio, y es una de las más bellas construcciones del Renacimiento italiano. Durante muchos años ha sido residencia del cardenal Hohenlohe y en la actualidad pertenece al gran duque heredero de la corona de Austria.



CITRATO EFERVESCENTE "KING"
LA PRIMERA MAGNESIA DEL MUNDO
 SU VENTA EN ESPAÑA PASA DE 300000 FRASCOS ANUALES
ESTE ES EL MEJOR ARGUMENTO
 Agente exclusivo: EDUARDO SOLA - Trafalgar 13 - Barcelona

PARA CURAR SIN MOLESTIA
 CALLOS Y DUREZAS
CALICIDA ESCRIVA
 ES EL
 UNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

AVISO Á
 LAS SEÑORAS
EL ANJOL DE LOS RES
JORET HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, REÍTARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 F.^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS




CESAR Y MINKA
 Criadero y comercio de perros de casta, ZAHNA (Rusia) recomienda
 Los más notables perros de casta
 PERROS DE GUARDA, DE LUJO Y DE COMPAÑIA así como todos los PERROS DE CAZA, desde el grande DOGO DE ULM y el PERRO DE MONTE hasta el más pequeño PERRITO FALDERO. Lista de precios ilustrada gratis. ENVÍO Á TODAS LAS PARTES DEL MUNDO Y EN TODAS LAS ESTACIONES DEL AÑO. - GRAN EXPOSICIÓN PERMANENTE EN LA ESTACIÓN FERROVIARIA DE ZAHNA.

Data de 1849 Paris
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el outis limpio y tenio
 CAS GANDÈS B^{ca} St-Denis, 16

DICCIONARIO
 de las lenguas española y francesa
 por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA
 Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas
 MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
 El más activo y económico, el unico Inalterable. - Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN